

tivamente resuelto que al siguiente día concurriría Gabriel al colegio, para no salir de allí sino convertido en un verdadero sabio.

El precio era proporcionado á la bondad del establecimiento, pero Don Santiago que aun tenia un resto de su fortuna, no vaciló en comprometerse á pagar las mensualidades.

CAPITULO VII.

EL PAPELITO DE LOLA.

ES justo que nos volvamos á ocupar de Lola, de Zubieta y por consecuencia de Don Manuel.

Lola, segun lo habia resuelto, le escribió á Zubieta lo siguiente.

Señor Don Pepe Zubieta.

Casa de V. etc.

Muy señor mio:

Tomo la pluma, solo para suplicar á usted que no de-

je de venir, pues no es conveniente que usted se retire, segun le manifestaré á usted á nuestra vista.

Dispense usted la letra y los borrones y rompa usted esta de su afectísima servidora,

Q. B. S. M.

Dolores S. de M.

Siempre hemos creído que el equilibrio es una cosa admirablemente fecunda en resultados. De todas las leyes físicas, la que más se identifica con las leyes morales, es la del equilibrio.

Zubieta no habia hecho otra cosa durante seis años, que guardar el equilibrio.

Lola habia tambien guardado el equilibrio, y temiendo perderlo, escribió la anterior esquela.

Zubieta habia estado temiendo perder el equilibrio; de manera que al recibir la susodicha esquela, sintió como una fuerza secreta que lo desvió, fácil es comprender hácia que lado.

Zubieta no podia dar crédito á sus propios ojos, leía y releía la esquela y se quedaba profundamente pensativo.

¡Qué mundo se abria á sus ojos, cuantas cosas le ocurrían á Zubieta!—«pues no es conveniente que usted se retire, segun le manifestaré á usted á nuestra vista,» repetía Zubieta.—Ahora bien, continuaba, no es conveniente que me retire, es claro: porque Don Manuel abriría el ojo, Lola lo teme, luego Don Manuel ha dado motivo, luego se ha encelado, luego ha notado algo en Lola, lue-

go me teme, luego me cree capaz, luego no está seguro del amor de su muger, luego.....

—«Rompa usted ésta»—agregaba Zubieta despues de un rato: la precaucion, la reserva, el misterio, el temor, luego la conciencia de Lola no está tranquila.

—«Segun le manifestaré á usted á nuestra vista,» luego la conferencia que vamos á tener, va á ser á escusas de su marido, luego me cita, luego quiere ponerse de acuerdo ¿para qué? para que engañemos á su marido, para que la ayude á mantener la paz de su matrimonio, para que le evite yo que su marido la moleste con celos necios.

Lola tiene razon en confiar en mi lealtad y en mi buena fé; ante todo es necesario ser caballero, se trata de D. Manuel, de un buen amigo mio, de un hombre que hace de mí una confianza ilimitada y..... no señor, yo no seré capaz..... no solo, sino que yo seré su mas firme apoyo y sostendré con brazo fuerte la virtud de Lola.

Es cierto que la pobre de Lola me quiere bien, si; eso no se puede negar, pero ¿por qué todo ha de ser por malo? no señor, yo tambien la quiero bien, es mi buena amiga..... y no..... Lola no es mi tipo, es un poco gruesa y á mí me gustan las mugeres esbeltas; Lola es un poco candorosa y á mí me hacen mucha mas gracia las mugeres avispas, me muero por las mugeres con *esprit*, yo tengo acá mi tipo de cortesana, una especie de Marion Delorme, de Lola Montes..... en fin, un tipo mio.

Desde que lei las novelas de Balzac y de Paul de Cok,

yo he forjado mi ideal, y Lola.....no, lo que es Lola está muy lejos de llenar ese vacío, ni con mucho. Lola es una mujer muy honesta y muy inocente; su felicidad es una joya que ella, la pobrecita, ha logrado conquistar en virtud de todos sus pequeños y asiduos sacrificios, y sería una infamia, sí señor, una infamia, arrebatársela. ¡Ah! no, de ninguna manera, yo no le arrebataré nada; me armaré de vigor y emprenderé esta especie de lucha, con toda la pureza de conciencia y con todo el...

En estos momentos Zubieta se veía en uno de sus espejos.

—¡Hombre! exclamó para sí, á pesar de la inutilidad del vocativo, yo no sé por qué me está fastidiando esta corbata con pintitas blancas; hace mas de ocho días, que no salgo de mis pintitas blancas, como si no tuviera yo otras corbatas.

Dirigióse en seguida á su ropero y comenzó á elegir corbata.

—Para chaleco claro, dijo Zubieta en voz alta, no hay como una corbata azul.

Y descolgó una corbata de un azul hermosísimo; y fué de nuevo al espejo y se cambió la corbata azul por la de pintitas blancas, volvió á su ropero y tropezó su mano con una cajita, la abrió y dijo:

—¡Ah! ah! ah! mi anillo, mi solitario, pobre solitario abandonado hace seis meses en su estuche.....¡oh! y que hermoso es, ahora me está gustando mas; pues señor,

cuando uno tiene muchas chácharas, es imposible estarlas cambiando para usarlas con frecuencia.

Y diciendo esto, se puso su anillo sustituyendo el que tenía puesto, que era un sello con sus iniciales, sacó un pañuelo blanco y cerró su ropero; pero en seguida exclamó desdoblado el pañuelo.

—¡Qué diablo de pañuelo he ido á sacar! de los peones vamos que ya no sé lo que hago.

Y volvió á abrir el ropero, de donde sacó una cajita en la cual estaban guardados sus mejores pañuelos, regalos los mas, de sus buenas y numerosas amiguitas; tomó un magnífico pañuelo de batista bordado con una elegantísima cifra de hilachilla, que representaba un amor abandonado á orillas de un arroyo; aquella marca le habia valido á su autora una erisipela, de la que murió, y desde entonces, Zubieta no habia vuelto á ponerse en la bolsa aquel pañuelo.

No debemos dejar pasar desapercibido otro detalle mas apropósito del pañuelo, y es este. Zubieta se puso dos pañuelos en la bolsa: uno para los usos acostumbrados y otro, el de batista, puramente de aparato; porque le hubiera parecido una profanación, mancillar la blancura de aquella prenda querida, que era ya casi una reliquia.

Tan luego como Zubieta estuvo dispuesto, salió de su casa con direccion á la casa de Lola.

Serian las cuatro de la tarde.

—De las cuatro á las siete, pensó Zubieta, tenemos

tres horas: en tres horas.....en tres horas se puede arreglar el mundo: vamos á ver.

Llegó á la casa, tocó, entró, encontró á Lola esperándole.

—Muy bien, así me gusta, le dijo Lola no pudiendo ocultar su emoción.

—Qué quiere, usted criatura, contestó Zubieta, su pelito de usted me ha puesto violento, me ha alarmado.

—Pues no hay nada porque alarmarse, en todo caso esto no es mas que una precaucion; en lo que sí hay algo que extrañar, es en que sea yo, la inexperta, la niña como usted me dice, la que la ha iniciado, cuando lo mas natural hubiera sido que usted, el hombre de mundo y de experiencia, el hombre sagáz, hubiera sido quien reflexionara, en que una ausencia de usted en estos momentos, seria lo mismo que ratificar sospechas que, como usted sabe muy bien, son de todo punto infundadas.

—¡Ahl sí, ya lo creo, dijo Zubieta maquinalmente y sin pensar en lo que decia, sino en lo que callaba; pero vea usted criatura, apesar de toda mi penetracion, no me pareció necesario disimular, puesto que á nuestra vista, yo hubiera tenido mil expedientes, mil medios para disculparme victoriosamente, por ejemplo: habia pensado hacer correr la voz, de que me habia yo enfermado, y aun el domingo ó el dia que me tocara volver, quejarme de algo, en fin, yo hubiera sabido salir airoso del compromiso, pues ya sabe usted, criatura, que yo sé salir bien de todos mis apuros.

—Pero vamos á cuentas señor Don Pepe, usted con toda su penetracion y su talento, no habia pensado en esto.

—¿En qué hija mia?

—En que mi marido debe haber indagado á la hora de esta, que usted viene los mas dias y que despues de las barbaridades que hizo usted la otra noche.....

—¿Barbaridades, criatura?

—Sí, barbaridades y nada mas que barbaridades; me rio yo de su prevision de usted y de su mundo, porque cuando mas lo necesita, se olvida usted de todo y es usted un cómico de los mas detestables que conozco.

—¿Pero porqué me dice usted eso, criatura?

—¿Qué cree usted que no notó mi marido que estaba usted turbado?

—¿Lo notó?

—Lo hubiera notado un ciego, estaba usted verdaderamente atarantado.

—¿Yo atarantado?

—Sí, señor; y lo peor es que todo lo notó Manuel, ya sabe usted que él nunca se fija en nada, pues bien, en esta vez se ha fijado y mucho, sobre que no le perdía á usted movimiento.

—¿Es posible?

—Vaya, y por final de cuentas, yo no sé lo que le sucedió á usted en la escalera, que hasta acá oimos un ruido atroz.

—Voy á decirle á usted, criatura: ese ruido no fué mas

que una patada mia, una patada en seco y perfectamente inútil: figúrese usted que yo creía que me faltaba todavía un escalón y no me faltaba nada, así es que avancé el pié derecho con toda la fuerza de movimiento que se necesitaría para bajar otro escalón y por eso sonó la patada: ¿Con que la oyó usted? ¿con que la oyeron ustedes? ¿con que la oyeron en toda la casa?

—Sí, sí, sí, santo varón; exclamó Lola, no pudiendo contener la risa.

Zubieta se quedó viendo á Lola y en seguida la acompañó en su hilaridad, riéndose también con la mejor gana del mundo.

Ya hemos dicho que Lola despues de reirse, se ponía mas bonita.

Esa observacion le pasó á Zubieta subitamente por la imaginacion.

—Con que vamos á ver, señor de la esperiencia, ¿está usted convencido de que la otra noche hizo usted una porcion de barbaridades?

—Vea usted, dijo, todavía no estoy del todo convencido.

—Hablemos seriamente.

—Hablemos seriamente.

—¿Le parece á usted una cosa insignificante que Manuel haya notado el estado en que usted estaba?

Zubieta pareció reflexionar antes de dar una contestacion.

—Vea usted hija, dijo al fin, efectivamente no me es indiferente que su marido de usted notara que yo.....

—Que usted estuviera torpe, dígalo usted de una vez.

—Pues bien, sí, se lo confieso á usted hija mia, estaba yo en un bréte.

—¿Pero por qué, hombre de Dios?

—Voy á procurar explicárselo á usted.

—Vamos á ver esa explicacion.

—En primer lugar..... usted sabe bien que no habia motivo, ni que.....

Pues bien, yo noté que Don Manuel estaba sério y como es la primera vez que lo veo así, la verdad me desconcerté; porque, en fin hija mia, usted me debe conceder la razon, porque yo soy un hombre incapaz de una traicion, ni de una infamia, y esto de que lo nivelen á uno con uno de tantos pillos de esos que abundan y á quienes no se les puede fiar ni un saco de alacranes, no me negará usted que es una cosa terrible.

—Efectivamente es muy triste, porque entonces, ¿qué garantía tendríamos las personas honradas? agregó Lola con aire de gravedad.

—Ya lo vé usted, yo estoy seguro, continuó Zubieta, de que usted es una persona que abunda en los mismos sentimientos que yo, y en fin, le ha de ser á usted muy sensible un acto de desconfianza, sin que usted haya dado ni el mas pequeño motivo para ello.

—Pues ya se vé, eso es precisamente lo que siento, y para evitar que llegáramos á ese extremo, es para lo que me he tomado la libertad de escribirle á usted ese papcilito, que francamente ha sido un atrevimiento.

- ¿Por qué, hija mia?
- Sí, con esa letra y con esos.....
- No, nada de eso, usted escribe muy bien y con mucha correccion.
- No diga usted eso.
- Es la verdad.
- ¿Y por supuesto me obedeció usted?
- Ya usted lo vé, aquí estoy.
- No, en cuanto á romper el papelito.
- ¡Ah! eso por supuesto; no vé usted hija mia, que de lo que estamos tratando es de no dar motivo.
- Fígrese usted, que Manuel viera ese papelito.
- ¡Oh! para qué queríamos mas día de fiesta.
- Pues creerá usted que esto me ocurrió despues de habérselo mandado á usted?
- ¿Sí?
- Y me entró un miedo como si acabara de cometer un crimen.
- Pero oiga usted criatura, ¿y de quien se valió usted para mandarme ese papelito? porque supongo que no sería con ningun criado de la casa.
- No ¡qué disparate! bonita yo para fiarme de mis criados.
- ¿Pues de quién se valió usted?
- Vá usted á saberlo..... no, si no se puede usted figurar los trabajos que me ha hecho usted pasar, hombre de Dios.

- Vamos á ver hija mia, vamos á ver cómo estuvieron esos trabajos?
- En primer lugar, mandé llamar á mi labandera.
- ¡Ah!
- Mi labandera es una muger muy buena.
- Y bien?
- Vino en el acto y le dije: Marcelina, ¿dónde vive Trinidad? Marcelina tiene una hermana, que se llama Trinidad.—¿La necesita usted niña? me dijo Marcelina.
- Sí le contesté, tengo unas costuras que encomendarle.
- Pues voy á llamarla,—y efectivamente, á poco rato vino Trinidad. Esta Trinidad es una muger de todas mis confianzas y le dije: va usted á llevar esta carta; pero cuidado, ya sabe usted, es una cosa muy reservada; y como Trinidad se rió, porque ella es así, le dije; no, Trinidad, no crea usted que esto es una cosa mala; esta carta no es mas que para prevenir ó una persona de un asunto que le interesa, es asunto de él, se trata de una amiga mia, pero quiero que nadie sepa esto; Trinidad quedó muy convencida y le llevó á usted la carta, ¿qué le parece á usted mi prevision?
- Zubieta se tardó algo en contestar, pero al fin dijo:
- Muy bien, muy bien, criatura; todo estuvo muy bien combinado: pero á todo esto, no hemos venido al negocio principal.
- Es cierto, dijo Lola, pero ya con estos antecedentes, podremos ponernos de acuerdo, y ya una vez prevenidos...

—Evitaremos, interrumpió Zubieta, que vuelvan á surgir motivos de sospecha.

—Y ya unidos, agregó Lola, podré estar segura de que mi marido no volverá á pensar mal de mí, porque, oiga usted, esto es para mí una cosa horrible.

—Ya lo creo; criatura, usted es una persona muy puntonerosa y muy delicada, y ante todas cosas ha procurado usted siempre no dar en que pensar á los maldicientes.

A Zubieta le ocurrió en este momento ver su reloj.

Faltaban muy pocos minutos para las siete.

—¿Qué hacemos? dijo.

—¿Por qué?

—Van á dar las siete ¿me voy?

—No.

—Podría encontrar á Don Manuel.

—Sí, y entonces.....

—¿Me quedo?

—Sí.

Zubieta promovió una conversacion, elejida a propósito para poder ser interrumpido por un marido en cualquier momento.

CAPITULO VIII.

DE COMO UNA VISITA DE CONFIANZA PUEDE TOMARSE EN EMBARAZOSA.



UY poco tiempo duró esta conversacion, pues Don Manuel no tardó en presentarse á la hora de costumbre.

Reinó entre aquellos tres personajes la mayor cordialidad del mundo; qué naturalidad, qué aplomo, qué sencillez! todo era allí perfecto. Podria haberse desafiado al observador mas sagaz, á que descubriera una segunda intencion en cualquiera de aquellos tres comediantes.

Hasta llegó á pensar Don Manuel que todos sus temores no habrían sido sino malos juicios.

Zubieta y Lola, por su parte, creyeron que tal vez habían ido demasiado lejos, al tomar precauciones que acaso eran completamente inútiles.

Don Manuel pensó.

—¡Pobre de mi muger, qué buena es!

Lola dijo para sí.

—¡Pobre de mi marido, qué bueno es!

Solo Zubieta estaba perplejo; pero muy inclinado á creer en la inocencia de Lola, y mas que todo en su propia inocencia.

Don Manuel acabó por restregarse las manos y por pedir su chocolate.

El horizonte se despejó completamente; y Lola hasta se acercó á su marido, quien tomando el asiento de costumbre, y con la satisfacción propia de aquel á quien le acaban de salir de la cabeza algunas nubes negras, dirigió una mirada franca á Zubieta y le preguntó.

—¿Cómo vamos de tiempo?

—Bien, Señor Don Manuel, bien á Dios gracias y usted qué dice?

—Pues aqui pasándola, hombre, pasándola; con esta parálisis del comercio; si ya nadie compra, estan los dependientes inmóviles, viendo pasar el mes delante de ellos.

—Pues eso esta malo.

—Estoy esperando el dia de Corpus, ahora para Corpus suben siempre las ventas, y ya veremos, ya veremos!

Entró Ramona, trayendo el consabido chocolate.

—¿Le traen á usted chocolate, Don Pepe?

—Mil gracias contestó Zubieta.

—¿Mil gracias sí, ó mil gracias nó? insistió Don Manuel.

—Mil gracias nó, contestó Zubieta de una manera muy comedida.

—Ya sabes, interpuso Lola, que Zubieta no es de chocolate; dice que es una vieja costumbre á que nunca ha podido avenirse.

—¡Hombre! exclamó Don Manuel con la boca llena con media *pechuguita* de huevo, y ahuecando la voz como el que se quema..... ¡Hombre! usted no entrará á la gloria: dicen que en la portería del cielo, sirven chocolate todas las tardes.

Zubieta procuró celebrar esta gracia, y se esforzó por reirse,

Lola estaba poniendo mucho cuidado en no ver á Zubieta.

Zubieta por su parte veía de vez en cuando á Lola, y notaba con mucho desconsuelo, que Lola no lo veía. que no aprovechaba ninguna oportunidad para verlo, y á su pesar Zubieta se puso pensativo.

—Las mugeres, pensó, las mugeres!..... hace un momento Lola era una: ahora es otra, apenas le sonrió su marido.

Es cierto que yo no habia pensado nada malo, no señor, me disparate! pero en fin, en el seno de la confianza, y

Supuesto que yo iba á ayudarle á Lola..... Es necesario ver despues de lo que está pasando, cómo se porta Lola conmigo, cuando estemos solos; porque Lola puede querer á su marido cuanto le plazca, aunque su marido no se lo merezca, eso no es cuento mio; pero en fin, en todo caso, yo no quiero ser un instrumento ridículo.

Todo esto pasó súbitamente por la imaginacion de Zubieta, quien disimulando lo mas que pudo su estado de vacilación interior, anudó de nuevo la conversacion con Don Manuel.

Ya habia logrado Zubieta recobrar todo su aplomo, cuando Don Manuel, acaso inocentemente, le dijo:

—¿Qué dia es hoy?

—Hoy, respondió Zubieta con seguridad, hoy es jueves.

—¿Jueves?

—Sí.

—¿Jueves? repitió Don Manuel.

—¿Por-qué lo pregunta usted?

—Nada; yo lo decia porque me parece que usted me dijo que tenia no sé qué ocupacion hoy.

—¡Ah! exclamó Zubieta, sí..... efectivamente, hoy debia..... pero se trasfirió..... se trasfirió sí señor; y dije: pues no perdamos muestras buenas costumbres.

—Ya lo decia yo, repuso Don Manuel, si yo bien me acordaba, y luego que como lo ví á usted vestido así, como de.....

—¿Vestido? no hombre: estoy como todos los dias.

—Yo le noto á usted algo.

—Lo que le has de estar extrañando, es la corbata azul, agregó Lola con aire perfectamente candoroso.

Lola iba á agregar que á ella le gustaba mucho lo azul, pero se arrepintió.

Zubieta se acordó de que se habia puesto su gran anillo; y desde ese momento procuró no mover mucho la mano derecha, temiendo que Don Manuel se fijase también en aquel detalle que, si bien Zubieta no lo habia estudiado, en aquel momento le pareció que debia ocultarlo—

A Zubieta empezó á sucederle una cosa rara, y era esta.

Desde aquel momento habia empezado á molestarle todo lo que le decia Don Manuel, al grado de que llegó á persuadirse de que Don Manuel se habia propuesto hostilizarlo, movido por alguna mira particular.

Dicididamente Zubieta estaba en los momentos menos apropiados para acertar en materia de apreciaciones, y sentia interiormente cierta intranquilidad que lo desazonaba.

Lola, con esa penetracion tan peculiar de su sexo, estaba adivinando todo esto, como si Zubieta se estuviera transparentando; y á la vez que lo comprendia todo, tenia la suficiente fuerza de voluntad para sobreponerse y para disimular completamente su turbacion.

Estaban aglomerándose á cada paso sobre Zubieta tantas y tan variadas contradicciones y pequenezes, que no tardó en revelar á la fina penetracion de Lola su embar-

zoso estado moral, por medio de ese síntoma fisiológico que se escapa á bien pocas mugeres.

Zubieta tenía las orejas coloradas.

Circunstancia que el mismo Zubieta no tardó en conocer, decidiéndose por lo tanto á terminar su embarazosa situación, haciendo aquella visita mucho mas corta que todas las que hasta la presente habia hecho en la casa, hacia seis años.

—¿Por qué se va usted tan pronto? le preguntó Don Manuel, viendo que tomaba su sombrero.

—¿Pronto, decia usted? contestó Zubieta, no, si no que me siento mal.

—¿Está usted indispuesto?

—Sí, un poco: le estoy temiendo á uno de mis constipados, porque me dan con una fuerza.....

—¡Ah! pues cuidarse, cuidarse, dijo Don Manuel de buena fé.

Y Zubieta se despidió definitivamente; y como si quisiera reasumir la situación en el momento de la despedida al darle la mano á Lola, se la oprimió de una manera particular.

Cuando Lola y D. Manuel estuvieron solos, se pusieron á pensar en una sola cosa.

En Zubieta.

Pero ninguno de los dos quiso hablar de él.

Los dos estaban reventando por hablar, pero ninguno queria ser el primero.

Lola por ejemplo pensaba: si hablara yo ahora de Z-

bieta, podria hacerlo con tal naturalidad y con tal aplomo, que mi marido acabaria por convencerse de que es muy injusto en encelarse.

Don Manuel pensaba.

—Si hablara yo ahora de Zubieta, estoy seguro que mi muger notaria en mi naturalidad, que efectivamente no tengo motivo para ponerme impertinente y reservado: el pobre de Zubieta es un buen hombre.

Esta homogeneidad de pensamientos determinó en el matrimonio, como una cosa á manera de un vientecillo fresco: se podia creer que era el viento que naturalmente producian los aleteos de los geniecitos del amor; cosa que no sabemos acertivamente, pero de hecho se verificó un cambio favorabilísimo en el alma de ambos consortes.

Este cambio se marcaba por cierta expansion de que parece que ambos estaban sedientos.

Don Manuel reflexionaba, viendo á su muger, que..... que decididamente Lola tenia mucha gracia.

De repente Don Manuel se dió una palmada en la frente.

—¿Qué te pasa? preguntó Lola alarmándose.

—Nada, sino que..... yo no sé como se me fué á olvidar.

—¿Qué?

—Bien decia yo.

—¿Pero qué?

—Sí..... lo que sucede siempre: se está uno acordando todo el día de una cosa y á la hora se le olvida.

—¿Pero porqué? exclamó Lola mostrándo mas turbacion de la que naturalmente debiera haberle causado aquella duda.

—Nada, nada, no te alarmes, en todo caso esto tiene remedio.

Lola esperaba la solucion de aquel enigma, con una ansiedad creciente, hasta que por fin dijo Don Manuel.

—Figúrate que tenía yo algo que decir á Zubieta, algo muy importante, y resulta que hemos hablado de todo menos de lo que nos importaba; pero mañana, mañana mismo, acuérdamelo, es necesario mandar llamar á Zubieta; necesito hablar con él á toda costa: sobre que seria negocio de dejar escapar una buena oportunidad; y yo he dado mi palabra, y como comprenderás, cuando uno se compromete á alguna cosa es preciso cumplir.

—¿Pero es el caso, dijo Lola, que yo no sé de qué se trata.

—¿Cómo de qué? de un negocio que tengo con Zubieta..... ¡por vida del.... ¡cómo se me fué á olvidár! y es que.....

En este momento volvió á recordar Don Manuel, que Zubieta le habia podido causar cierto disgusto, y de nuevo volvió la imaginacion de Don Manuel á perderse en el dédalo de conjeturas, temores y zozobras que lo habian preocupado.

Lola por su parte pensó en que habia brillado por un momento el sol de paz, pero que á partir de aquel momento volvería á nublarse el horizonte.

—Ne se te olvide, insistió Don Manuel: muy temprano le envias á Zubieta una tarjeta, suplicándole venga sin demora.

Como aquella pequeña contrariedad habia bastado para hacer cambiar el aspecto tranquilo de Don Manuel, Lola creyó prudente no hacer mas preguntas sobre el particular, porque le pareció que, en tratándose de Zubieta, lo mejor sería emplear la mayor reserva en todo lo que á él perteneciera, porque siempre una doble precaucion, no estaria de mas: y todo ello, en último resultado, tendria que ceder en pró de su tranquilidad conyugal que tanto amaba.

CAPITULO IX.

EL CORREDOR SOLARES.

UNA de las cosas que preocupaban mas el ánimo de Don Santiago, era la conveniente colocacion de sus fondos, con el objeto de poder hacer de ellos el uso conveniente, sin esponerlos ni á un golpe de mano, ni mucho menos aventurarlos en asuntos dudosos.

A este fin, Don Santiago buscó persona que lo orientase y le diese luces sobre el particular.

En todas las ciudades hay un lugar á donde se vá á buscar todo lo que se necesita; no precisamente porque

se sepa que allí existe, sino porque es un lugar que el instinto del público ha designado como centro de reunión.

En toda situación vacilante, en México, cuando necesitamos hacer un negocio, buscar á un amigo; cuando nada tenemos que hacer ó cuando queremos hacer algo, nos vamos al portal.

No sabemos quien nos ha dicho que en el portal hemos de encontrar algo, pero el hecho es que no nos equivocamos.

En el portal hay un millon de objetos y otro millon de asuntos.

En el portal es en donde brotan los negocios.

El portal es el manantial de las pesetas.

El paseo de los brujas.

El centro de las noticias.

El asilo de los desesperados.

El mercado de objetos que se venden á media luz.

Es la puerta del sol.

Es la lonja de la clase media.

Es el pedestal de los retirados, de los cesantes, de los agentes, de los arbitristas, de los que viven lejos del centro, de los ociosos, de los que esperan y de los que venden, de los que van por noticias y de los que andan *viendo que hacen*.

Allí hay dos cafés que, por mucho tiempo han tenido un aspecto sombrío y siniestro; con muchos criados, con muchos concurrentes sentados que esperan, que apuntan

que tratan asuntos y que consumen aguardiente catalán, á medio la copa, y café solo.

Esos cafés han tenido un aspecto particular, exclusivo de ellos; allí se ha comido casi siempre á la española. Recamier ó Porraz no hubieran hecho allí su fortuna, porque ha sido necesario servir, en vez de pollo á la Marengo, mondongo á la española, y un puchero mas nutritivo y confortable, que pulcro y delicado.

Aquellos comercios son sostenidos por las necesidades apremiantes, aquellas fondas han sido instituidas exclusivamente por el hambre, como las postas ó los paradores de los caminos; no es el lujo, ni la moda, ni el confort lo que abrió aquellas puertas, sino una emergencia colectiva, la ocacion, la oportunidad y el lugar.

Rodean á la fonda antiguos pasteleros ambulantes: aquellos pasteles están destinados á los labios blancos; pasteles supletorios de la comida que debió ser á la una, pasteles que se toman, tal vez despues de una cólera, ó en espera de un corredor que no parece, ó del reparto de la tesorería, ó son comprados con el real ímpeo, insuficiente para adquirir el derecho de entrar á la fonda á comer como todos.

Aquellos de nuestros lectores que conocen el portal de mercaderes, se habrán fijado en que hay allí un pastelero que vende todos los dias una cantidad exorbitante de pasteles, no precisamente porque éstos constituyan una singularidad gastronómica, sino porque esa golosina hace

un papel muy importante en la historia íntima de la miseria pública.

Pues bien, Don Santiago que no era de México, fué inspirado por el génio de los arbitristas, y buscando medio para arreglar sus asuntos, se dirigió al portal.

No conocia á nadie, nadie le conocia á él; pero esta circunstancia pasaba desapercibida, en medio de aquel público flotante.

Eran las once.

Azotó la cara de Don Santiago al pasar por la puerta del café del Cazador, una bocanada de aire caliente alcoholizado.

Parecia que la manzana entera era un monstruo borracho, cuya boca era el café del Cazador y cuya respiracion era aldeida.

Las emanaciones alcólicas establecen cierto contacto misterioso, muy útil para los vinateros, con los estómagos en inaccion.

A las once, las tripas del género humano guardan, con muy pocas escepciones, casi las mismas condiciones patológicas.

A las once, sobre poco mas ó menos debe habersé comido Eva aquella manzana, á juzgar por la disposicion del estómago á esas horas; y si en el paraiso hubiera habido no solo árboles frutales, sino siquiera un café de mala muerte, estámos seguros de que nuestra señora madre, mas bien se hubiera decidido á pecar con una copa de cognac

ó con un gin-coptell mas bien que con una fruta agria dulce.

Todo esto nos ocurre á fin de disculpar á Don Santiago; quien contra sus morigeradas costumbres, se sintió aquel dia con el vehemente deseo de tomarse una copita de buen catalán, y entró al café del Cazador, atraido por aquella vorágine de cazadores de fortuna.

Tomó asiento Don Santiago, y no bien levantó la cabeza se encontró con la mirada del criado, con esa mirada solícita, elocuente, y que en fuerza de ensayarla mas que una ópera, llega á hacer inútil la palabra.

No hay criado de café, que no tenga escrito en los ojos esto.

—¿Qué toma usted?

Don Santiago leyó estas palabras y pidió una copa.

—No bien la tuvo delante, cuando se encontró con otra mirada que no fué la del criado, sino la de un conocido viejo,

—¡Señor Don Santiago Franco! exclamó un hombrecillo enjuto y carilargo, muy señor mio ¿pero qué es esto..... cuanto gusto, con que usted por acá?

—Sí, señor; contestó Don Santiago, sin recordar dónde ni cuando habia conocido á aquel personaje.

—¿Ya no se acuerda usted de mí, señor Don Santiago? Solares, yo soy Solares, yo estuve empleado en el juzgado de.....

—¡Ah sí! ¡Solares, hombre! ¿cómo vamos, Solares cómo vamos? está usted muy acabado.

—Y usted se conserva perfectamente; no pasa día por usted; pero tome usted su catalancito, Señor Don Santiago.

—¿Usted gusta?
—Solo por acompañar á usted, señor, y para celebrar la bienvenida. ¡Mozol gritó en seguida, ¡otra copa!

Solares tomaba allí una copa todos los días hacia mucho tiempo; pero tenía el talento de no haber pagado todavía una sola.

Siempre encontraba quien lo obsequiara; y cuando no, había á la mano quien tal hiciera, se convidaba solo, como acababa de suceder en aquel momento.

Solares sabia, como los cómicos, salir á tiempo y sin necesidad de segundo apunte. A la hora de tomar la copa echaba una ojeada y elegia su anfitrión; sabia de memoria quien tomaba y en qué mesa.

Aquel día había entrado al café y en su primera exploracion, exclamó para sí.

—¡Qué solo esta esto, no han venido ni Don Pancho ni los gachupines; no parecen por aquí ni Gómez el corredor ni Tabuada, ni Barreiro, ni nadie. ¡Ahl me parece que conozeo aquel viejecito; sí, Don Santiago?... ¡á él!

Como se ha visto, el golpe no fué en falso.

—¿Con que tanto bueno por acá? vaya, ni por la imaginación me pasaba que usted pudiera venir á México, ¿viene usted á pasear, no señor?

—Sí, hombre; vengo á dar una vuelta.

—Pues yo, señor Don Santiago, aquí buscándola.

—¿Y qué tal?

—Pues vea usted señor, á lo menos se vive, se busca la amanézca; figúrese usted, mi señor, que tengo siete de familia.

—¿Siete, se casó usted?

—Haga usted de cuenta, exclamó Solares, acentuando sus palabras con una sonrisita maliciosa, como para decirle á Don Santiago, «vea usted qué pícaro soy,» y luego continuó.

—Ya sabe usted señor Don Santiago, que yo siempre he sido así, qué quiere usted, calaveradas, qué uno hace y que despues... despues ya no tienen remedio. ¿Se acuerda usted de Isabel?

—¿Isabel?

—Sí, aquella muchacha bajita de cuerpo, hija del mayordomo aquél.

—¡Ahl sí.

—Pues me la robé.

—¡Hombre, Solares!

—Qué quiere usted, señor, si hace uno unas cosas...

—¿Y luego?

—Y luego se arregló el negocio, si señor, y vivimos en paz: eso sí, luego luego allí está la familia, me viven cuatro, si señor, me viven cuatro: dos mugercitas y dos varones; casaditos, señor Don Santiago, casaditos; y aquí me tiene usted ingeniándome, y ya compro, ya vendo, ya contrato, ya cambio; en fin señor, en fin; es necesario ingeniarse; vea usted, precisamente traigo en la bolsa la

lista de..... vea usted señor, agregó Solares sacando del bolsillo una cartera, atestada de papeles sucios.

—Casas, señor, casas de venta, vea usted la lista.

—¿Todas esas?

—No es mas que la primera lista; pero si á usted no le conviniere ninguna de estas, hoy me han ofrecido otra lista con veintiocho casas.

Vea usted señor Don Santiago, estas que tienen una crucecita al margen son de las adjudicadas; estas que tienen cruz y estrella, tienen su colita.

—¿Cómo?

—Quiere decir, señor, para hablarle á usted con franqueza, no son negocios muy claros.

—¿Y estas que tienen dos cruces? preguntó Don Santiago.

—Estas, estas casas no son para usted, señor.

—Por qué?

—Vea usted, esta es una casa magnífica; tiene sala, recámaras, asistencia, comedor, cocina, otro cuarto, gabinete, cuarto de criados, azotehuela, comun corriente, baño, caballeriza y agua limpia, y vale diez y ocho mil pesos; pues con mil pesillos se puede usted quedar con ella.

—¿Es posible?

—Sí, porque vea usted, quiere decir, la persona que la tiene..... porque la casa está embargada, y sabiendo manejar el negocio, en fin..... yo tengo todas las pitas.

—No, no; pues de esos negocios no he de hacer yo, dijo Don Santiago.

—Por eso le decia yo á usted; pero estas casas que no tienen marca son libres, y no han pertenecido nunca al clero; tengo de todos precios, desde dos accesorias por Necatilan que valen doscientos pesos, hasta casas de treinta y cuarenta mil.

¿Necesita usted muebles? vea usted señor Don Santiago: un ajuar compuesto de sofá, doce sillas, dos sillones, mesa estorbo, consola y cuatro columnas; todo tallado, imitación de rosa; pero no lo he de engañar á usted, son de puro fresno (jalocote) tapizados de reps, en muy buen uso, todo... ¿le digo á usted señor D. Santiago? se vá usted á quedar espantado.

—Diga usted.

—¡Todo en ochenta pesos! oh, en cuanto á muebles tengo de todo lo que usted quiera, señor Don Santiago, lo que usted quiera.

Don Santiago se quedó pensando en que habia encontrado lo que buscaba, y despues de una pausa le preguntó á Solares.

—¿Y para colocar dinero?

—¿Dinero, señor, dinero.— son los mejores negocios, es el efecto mas noble de la plaza. ¡Ah, si yo hubiera tenido siquiera tres talegas, seria yo riquísimo á la hora de esta, señor Don Santiago! pero el dinero es lo que falta: ¿conque tiene usted dinero?

—Si, hombre.

—¿Como cuanto?

—Veremos, veremos lo que me decido á colocar,

—Pues vea usted, Señor, tengo un negocio; vea usted este por ejemplo. Dos Señoras que fueron ricas, muy ricas, les faltó el hombre, tenían dos casas y una hacienda, necesitan para la raya, tienen un administrador muy bueno, y eso sí, si levantan la cosecha este año..... el caso es que necesitan cien pesos semanarios, hipotecan la hacienda para pagar á los dos años, quieren dinero hasta Marzo y pagan al 4 por ciento ¿le gusta á usted el negocio?

—Hombre.....

—Vea usted este otro. Se vá á casar un sujeto, á él le deben un dineral, él no tiene necesidad, es riquísimo, pero su familia no le dá su trimestre sino hasta fin de Diciembre, y el hombre ha gastado, y como se vá á casar, en fin quiere mil pesos, dá buenas firmas, conque si usted quiere.....

—Hombre:..... volvió á murmurar Don Santiago.

—Vea usted este otro; este es mejor, ya sabrá usted que el Licenciado..... vá á ser padrino de bautismo, y como la familia del compadre ha sido tan garbosa, el Licenciado no quiere ser menos, y se ha propuesto gastar hasta quinientos pesos en el bautismo; eso sí, este es dinero en caja, haga usted de cuenta, se trata de los.....

Solares dijo muy quedo un nombre. En fin agregó en seguida, repetiremos la copita, ¿no le parece á usted Señor Don Santiago?

—Mozo..... otra.....

—Pero Solares.

—Nada, nada, á la salud de usted.

—Vea usted Señor, si este catalan es magnífico, no se esube, con que..... vaya señor Don Santiago, á la salud de usted, por su feliz arribo.

Y diciendo esto dió á Don Santiago una de las dos copas que acababa de traer el criado, y sin mas ceremonia apuró la suya, no sin hacer un gesto que revelaba, que era ese gusto estereotipado de todo borracho que no se perdona, por un resto de pudor, hacer creer á quien la observa que no bebe por gusto.

En seguida Solares se limpió la boca con los dedos, recogió sus papeles, y siguió el movimiento de Don Santiago, quien á su vez era observado de cerca por el criado.

Don Santsago pagó el gasto, y salió del café proponiéndose pensar detenidamente, acerca de alguno de los muchos negocios que le habia propuesto Solares.